



THE  
MENTORING  
PROJECT

# EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS: CÓMO PLANIFICAR HOY LA HUELLA QUE DEJARÁS MAÑANA



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI  
EDITOR: DR. LARRY OATS

**EL LEGADO DE LOS  
ACTOS COTIDIANOS:  
CÓMO PLANIFICAR  
HOY LA HUELLA QUE  
DEJARÁS MAÑANA**



**AUTOR: DR. RICHARD PERHAI  
EDITOR: DR. LARRY OATS**

# ÍNDICE

|                                                |    |
|------------------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN .....                             | 4  |
| PARTE 1: LA MAYORDOMÍA DE UNA VIDA .....       | 6  |
| PARTE 2: LOS ÍDOLOS QUE ERIGIMOS .....         | 12 |
| PARTE 3: EL LÉXICO DE LA FE.....               | 18 |
| PARTE 4: SABIDURÍA PRÁCTICA PARA EL REINO..... | 23 |
| PARTE 5: UN BUEN FINAL .....                   | 29 |
| CONCLUSIÓN: EL PRIMER PASO ES HOY .....        | 32 |



# INTRODUCCIÓN

Hace unos años, me hallaba sentado en una pequeña sala de estar. La casa era de una mujer de nuestra iglesia, Martha, de 92 años. El ambiente olía a papel envejecido y té. Ella sabía que no le quedaba mucho. Se acercó a una mesilla para agarrar una Biblia. El cuero se estaba desprendiendo. El lomo estaba pegado con cinta transparente. «Esto es todo cuanto tengo para darles», me confesó.

No estaba hablando de dinero. Tenía una casa y una pequeña cuenta de ahorros, pero esas cosas no le importaban. Estaba hablando de sus nietos. Durante cuarenta años había estado escribiendo en los márgenes de aquella Biblia: oraciones cuando su hijo estuvo enfermo, versículos que la mantuvieron en su sano juicio cuando murió su marido. Preocupada, me preguntó: «¿Cómo puedo dejarles un legado piadoso a mis nietos?».

Solemos pensar que dejar un legado es un problema legal: testamentos, impuestos y quién se queda la porcelana buena. Esas cosas nos importan porque queremos ser responsables, pero no son el fondo del asunto. Herencia es lo que dejas a alguien. Legado, lo que dejas tras de ti.

Según la Biblia, estamos de paso. Somos como la niebla. Suena tenebroso, pero en realidad es útil. Significa que podemos dejar de intentar erigir nuestro propio reino. No tenemos que ser famosos. No nos hace falta que un edificio lleve nuestro nombre. Hemos de ser fieles.

La historia está repleta de personas que sintieron este conflicto. En la iglesia primitiva, la gente lo perdía todo por su fe. No tenían cuentas bancarias que dejar en herencia. Tenían una historia. Tenían el evangelio. Transmitieron la verdad de que Jesús es el Señor, y eso bastó para cambiar el mundo. Hoy existe una brecha. Vamos a la iglesia los domingos

## GUÍA DE CAMPO

y hablamos de la eternidad. Luego, el lunes, iniciamos sesión en nuestra cuenta bancaria y sentimos otra clase de presión. Queremos estar seguros y que nuestros hijos también lo estén. Sin embargo, el mundo está quebrantado. El dinero puede desaparecer. La salud puede fallar. Veo constantemente este desafío en mi oficina. Entra un padre con aspecto cansado. Lleva veinte años trabajando sesenta horas semanales. Ha dado una buena vida a su familia. No obstante, sus hijos no lo conocen a él y no conocen a su Dios. Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba empezando la casa por el tejado.

Esta guía aborda el modo de corregir ese planteamiento. Trata sobre la mayordomía bíblica. Esa es una palabra fuerte. Significa que cuidas de algo que le pertenece a otro. Tu vida y tu dinero le pertenecen a Dios. Hasta tus hijos le pertenecen. Vamos a hablar de cómo vivir de manera perdurable. Analizaremos las preguntas difíciles. Nos ocuparemos del dinero y de la herencia, si bien desde la perspectiva de la cruz, y de cómo escribir una carta de legado.

Es un trabajo complicado. La fe siempre lo es. Probablemente te percatarás de que has cometido errores. Yo también. No obstante, la gracia de Dios es más grande que nuestra mala planificación. Puedes empezar hoy. No se necesita un millón de dólares, sino tranquilidad de corazón y disposición de espíritu. Veamos cómo se hace.

# 1

## LA MAYORDOMÍA DE UNA VIDA

### **Mayordomía bíblica: *somos labradores, no dueños***

Hay un momento en la vida en que la ilusión termina por romperse. Unas veces, ese momento se da en el pasillo de un hospital. Otras, en un funeral. A mí me pasó un día, parado en una habitación, cuando mis hijos ya se habían hecho mayores y habían seguido su camino. Miré a mi alrededor y vi las cosas que me había esforzado por construir, proteger y mantener. Comprendí que, a decir verdad, controlaba muy pocas. Al final no hay control alguno. Realmente, el control nunca estuvo ahí. Las Escrituras no permiten fingir durante mucho tiempo que la ilusión es real.

### ***La confianza del dueño***

Cuando leo el salmo 24, compruebo que va directo al grano. Afirma claramente: «Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan». No la mayoría de las cosas; no únicamente las de tipo espiritual. Todo: tierra, recursos y naciones. El salmo 24 también habla de aquellas parcelas privadas de nuestra vida que valoramos, como el tiempo, nuestros hijos, las oportunidades, la salud y nuestra influencia. Mientras lees esto, observa tu aliento. Ese aliento no comienza ni termina en ti.

Esa verdad parece sencilla hasta que choca con la forma en que vivimos. Hablamos como dueños. Planificamos como dueños. Protegemos como dueños. Decimos «mis hijos», «mi dinero», «mi futuro», «mi jubilación». Las Escrituras no nos reprenden por emplear ese lenguaje, pero sí subsanan discretamente nuestras premisas básicas sobre mayordomía frente a propiedad. Somos labradores. Todo lo bueno que ha sido puesto en nuestras manos viene acompañado de confianza. No de un título de propiedad, sino de una responsabilidad, de un llamado a cuidar lo de otro.

## GUÍA DE CAMPO

Eso cambia nuestra actitud en la vida. Transforma la acumulación en mayordomía, la ansiedad en responsabilidad y la generosidad, de virtud opcional en consecuencia natural de la fe.

### ***La misión mal entendida***

En innumerables salas de estar, durante tardes de café frío y hojas de cálculo cerradas, he contemplado cómo, poco a poco, la comprensión afloraba al rostro de una persona. No es un escándalo ni una humillación, sino un dolor silencioso. Un padre ve que su hijo está viviendo un sueño que realmente no es suyo. Una madre se da cuenta de que sus ánimos se han ido convirtiendo en presión. No hay gritos; solamente la densa sensación de que en algún punto del camino se malinterpretó la misión.

Treinta años de carrera. Cambios de fábrica. Las mismas botas completamente desgastadas. He conocido a hombres que levantaron empresas sólidas y creían que su trabajo estaba destinado para ellos. Posteriormente, cuando la vida redujo su ritmo y los aplausos se desvanecieron, surgió una pregunta más compleja: «¿Mandaba de veras o simplemente supuse que era el dueño?».

La mayoría no repara en ello, pero el dolor no deriva del fracaso. Deriva de la falta de equilibrio. Dios otorga responsabilidad a propósito. No es negligente con la influencia. Los hijos, los recursos, las habilidades y las oportunidades no se dan por casualidad. Son misiones. Con ellas viene la responsabilidad, que no es pánico, sino rendición de cuentas.

Cuando malinterpretamos la misión, todo se siente más pesado de lo que debería ser.

### ***Las espinas silvestres***

Fíjate en Génesis 3. Es interesante porque las Escrituras no maldicen el trabajo propiamente dicho: maldicen la comodidad. Las espinas. Esa resistencia implacable. Es como si el suelo te estuviera empujando literalmente. Siendo francos, ese es el detalle concreto que la mayoría de la gente, digamos, pasa por alto incluso en los versículos bíblicos acerca del dinero.

El sudor por fin entra en la ecuación.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

Hoy en día se aprecia esta misma clase de conflicto en los mercados: partidas de ingresos que no se mantienen estables porque no paran de oscilar, y pronósticos que se te escapan de las manos. ¿Recuerdas aquel trato que creías absolutamente seguro, pero que se vino abajo por completo a la tercera semana? La planificación empieza a parecer un forcejeo con algo que se niega en redondo a ser controlado. El suelo se resiste. Así de simple.

Ese conflicto actúa sobre el corazón humano. Además de agotarte, en la práctica comienza a reprogramar tu forma de funcionar, lo que a menudo altera tu capacidad de vivir con perspectiva eterna.

La cuestión es la siguiente: en cuanto esos resultados dejan de remar en la misma dirección, se impone nuestro instinto de reforzar el control, de almacenar más, de proteger más. Nos decimos que simplemente estamos posponiendo la generosidad «hasta que las condiciones se estabilicen». Suena a disciplina, ¿no? Suena incluso a prudencia. Sin embargo, a decir verdad, en ocasiones es miedo. Miedo con corbata.

Caín comprendió. El faraón tenía poder y recursos incuestionables mientras seguía apretando aquellas cadenas. Hasta el rico insensato de Lucas 12 construyó graneros más grandes y lo calificó de «previsión estratégica». De hecho, las Escrituras no se burlan de la planificación. Para nada. Lo que hacen es exponer la ansiedad pura y dura que tanto intentamos disfrazar de pensamiento a largo plazo.

«Estoy siendo responsable».

«Pienso en el futuro».

«Nunca se sabe qué podría pasar».

A veces, eso es auténtica sabiduría. Otras, en cambio, es una tapadera fabricada a partir de las últimas noticias económicas.

El pecado lleva siglos inculcándonos esta manida lección: acumulación equivale a seguridad, y generosidad, a vulnerabilidad.

Los cálculos parecen sumamente convincentes, al menos hasta que, con el tiempo, empiezas a examinar el código fuente.

## GUÍA DE CAMPO

### ***La raíz de la autoprotección***

Mira las espinas silvestres. No solo dificultan más el trabajo; también nos ponen a la defensiva. Insinúan que no hay sino escasez y que es de ingenuos ser generosos. Una vez que nos lo creemos, la mayordomía se resiente y se vuelve mera autoprotección.

El Génesis tampoco presenta esto en ningún momento como un defecto menor de carácter. En absoluto. Lo presenta como consecuencia directa de la rebelión, como un trueque simple y brutal: cuando la confianza en Dios se rompe, la confianza en las «cosas», en las posesiones, la sustituye.

Precisamente por eso, nuestras conversaciones sobre el dinero, el legado en la Biblia o la herencia nunca son exclusivamente financieras. Son hondamente teológicas. Al fin y al cabo, revelan lo único que procuramos ocultar: en qué, en concreto, creemos que se basa nuestra seguridad. Comprender los principios bíblicos de la administración del dinero no se trata de de números: se trata de si estamos construyendo una fortaleza o un puente.

### ***El buen administrador***

Jesús rara vez habló de la propiedad. No mucho. De lo que sí habló fue de la administración, de siervos fieles, de mayordomos, de obreros vigilantes. Siempre describía a personas a las que se les confiaban recursos que, de hecho, no les pertenecían; recursos de los que, no obstante, algún día tendrían que rendir cuentas. Esto supone un giro. Sutil, sin duda, pero totalmente decisivo. Traslada la atención *desde* «¿Qué puedo guardar?» a «¿Qué ha sido puesto en mis manos?». Sinceramente, esa pregunta lo cambia todo.

Un buen administrador no se despreocupa del futuro, claro que no. Se prepara para él. La diferencia es que se prepara con las manos abiertas, no con esos puños cerrados a los que estamos tan acostumbrados. Planifica, pero sin esa insostenible pretensión de control. Ahorra, pero nunca pierde de vista el objetivo del ahorro.

Entiende algo fundamental: que la provisión está destinada a fluir *a través* de él, no a terminar en él. No es un callejón sin salida. Justo ahí surge de forma natural toda la cuestión de la herencia. No es una estrategia

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

inteligente para mantener el control desde el más allá. Nada de eso. Es, sencillamente, una extensión de la mayordomía que al final sobrevive al mayordomo.

### ***Herencia e influencia***

Las Escrituras hablan de la herencia sin vergüenza alguna. No humillan a nadie por proveer para las generaciones futuras. No en vano, si bien suelen advertirnos que no confiemos en la riqueza, de igual modo refrendan la importancia de unos preparativos cuidadosos. Si notas cierta tensión entre estas ideas, es deliberada. A Dios le importa no solamente lo que queda atrás, sino también el corazón, real y honesto, que concibe el hecho de dar en primer término.

He sido testigo de ello. He estado con familias destrozadas porque la herencia se utilizó como mecanismo de presión. Imagínatelo por un momento: un amor con condiciones plasmado en documentos legales, una modalidad de control que intenta trascender la vida de una persona. Eso no es mayordomía; es, simplemente, miedo prolongado.

Asimismo, he conocido a familias que se fortalecieron durante el proceso, ya que, en silencio, demostraron generosidad durante muchos años. No era perfecta ni siempre profusa, pero sí sistemática. Esos hijos aprendieron a temprana edad que el dinero es un instrumento, no algo digno de adoración. Los instrumentos se utilizan. Se ama a Dios y a las personas. Vieron que la provisión era verdadera, pero comprendieron que Dios lo era más todavía.

### ***Equilibrio y descanso***

Piénsalo así: un administrador verdadero y fiel no espera hasta el final para empezar con las preguntas difíciles. Sinceramente, esto ni siquiera se trata de perseguir cierta perfección moral. Para nada. Se trata, lisa y llanamente, de fidelidad. Has de mirar lo que tienes en tus manos ahora mismo y preguntarte: *«La forma en que estoy usando esto, ¿refleja de veras el corazón de Aquel que me lo dio en primer término?»*. Y aquí está el problema que a menudo eludimos: *«¿Estoy preparando a la próxima generación para que confíe en Dios o para que confíe en el montón de cosas que le voy a dejar?»*.

## GUÍA DE CAMPO

Esas preguntas no están ahí ni para lapidarte ni para hacerte sentir culpable. Ni por asomo. Son una invitación a sacar algo en claro, pues la mayordomía, si somos realmente honestos, tiene mucho menos de culpa que de equilibrio. Se trata de vivir hoy de una manera que, en efecto, tenga lógica cuando eches la vista atrás dentro de diez o veinte años; de darnos cuenta de que, con el tiempo, habrá que devolver las llaves. Cuando finalmente llegue ese momento, el labrador fiel no deberá entrar en pánico. Podrá descansar. Descansará porque en su fuero interno sabe que, en todo caso, la tierra que defendió nunca fue suya. Lo fue nada más que para cuidar de ella.

## 2

# LOS ÍDOLOS QUE ERIGIMOS

### ***Cómo liberarse de los ídolos en la planificación del legado económico***

Hay algo en lo más profundo de nosotros que se niega a desaparecer. Sabemos que la vida es breve. Sabemos lo que hay, vamos a funerales y somos correctos. Aun así, en el fondo nos resistimos a la idea de que nuestro tiempo es limitado. Nos cuesta asumir que el mundo, sin más, seguirá adelante sin nosotros.

Construimos. Ahorramos. Empredemos. Nos labramos una reputación y creamos cosas para que duren más que nosotros. Nada de esto es malo de por sí. Las Escrituras no condenan el trabajo ni la planificación. Sin embargo, nos advierten de lo que sucede cuando las cosas buenas comienzan a adquirir la importancia que únicamente Dios debería tener. Entonces se convierten en ídolos. Tampoco es que sean unos ídolos evidentes. Parecen respetables. Parecen prudentes y responsables, unos ídolos que puedes justificar fácilmente si alguien te pregunta.

Cuando buscamos versículos bíblicos sobre el legado, descubrimos que una vida con sentido no se basa en acumular, sino en transmitir la fe. Los objetivos de la vida cristiana se confunden fácilmente con la mera acumulación, pero, muchas veces, los «respetables» ídolos de la seguridad y el estatus ocultan la verdad: que nuestro deseo de perdurar es, para ser precisos, ansia de eternidad.

### ***El mito de la seguridad económica: cómo confiar más en Dios que en la riqueza***

Jesús narra en Lucas 12 la historia de un hombre que tenía lo que la mayoría denominaría un problema «bueno». Su tierra produjo mucho más de lo que esperaba, y tenía los graneros a rebosar. Ahora bien, él no

## GUÍA DE CAMPO

robaba. No engañaba a nadie. Desde casi cualquier punto de vista, no hacía nada ilegal ni inmoral. Simplemente no sabía cuándo parar.

Entonces, este hombre habla consigo mismo. Ese detalle importa. Nunca habla con Dios ni se para a preguntarse *para qué* sirve realmente toda esa abundancia. Se pregunta una sola cosa: «¿Qué voy a hacer? No tengo dónde almacenar mi cosecha» (Lc 12:17), y responde justo como probablemente lo haríamos la mayor parte de nosotros. Graneros más grandes para almacenar más. Más control. Luego piensa en voz alta: «Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida» (Lc 12:19). Cree honestamente que su alma está a salvo.

No obstante, Dios lo califica de insensato; no porque elaborara un plan, sino por *confiar* en el plan. Creyó que podría preservar la vida teniendo suficiente grano en un granero. Pensó que la abundancia podría comprar la tranquilidad. Esa creencia sigue estando por doquier. La gente no suele pronunciarla en voz alta, pero vive como si fuera la verdad absoluta: *«Ojalá pueda avanzar lo suficiente. Ojalá pueda ahorrar lo suficiente. Ojalá pueda descartar el riesgo. No descansaré hasta ese momento»*.

Pero, sorprendentemente, el descanso nunca llega de esa manera. El objetivo cambia. La seguridad siempre exige más. He estado con personas que tenían mucho más de lo que podrían llegar a necesitar y que, pese a ello, vivían con una ansiedad constante. También con gente que tenía muy poco y dormía tranquila. La diferencia nunca fue de números, sino de a qué o a quién le confiaban su futuro. Jesús no dice que sea de necios planificar, sino que lo es confiar en la abundancia que has almacenado. Los graneros más grandes, en realidad, no eliminan el miedo: le muestran dónde puede habitar.

### ***La trampa del éxito «por méritos propios»***

Si el miedo crea el ídolo de la seguridad, la soberbia crea el del éxito «por méritos propios». «Me lo he ganado». Razonable, ¿no? Suena justo; responsable, incluso. Después de todo, las Escrituras honran el trabajo arduo. Nunca elogian la pereza. Entonces, ¿cuál es el problema?

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

El problema no es el esfuerzo. Es olvidar de dónde salió verdaderamente cada elemento que lo compone. Esta idea de éxito «por méritos propios» presupone un sistema cerrado: «mi» inteligencia, «mi» disciplina, «mi» riesgo. En las Escrituras, por el contrario, esa narrativa no se sostiene por sí sola. Recibiste cada pieza de ese sistema antes de poder ponerlo en marcha. Tú no te diste tu propia mente. No elegiste tus oportunidades. No tuviste ningún control sobre la hora o el lugar de tu nacimiento. Ciertamente, no evitaste todos los desastres que *no* te ocurrieron. Ni siquiera conservaste tu propia salud año tras año.

La gracia no es solo algo que salva a los pecadores. Es, precisamente, lo que mantiene la unidad de todo. He visto a gente que ha empezado con sincera gratitud y, poco a poco, ha pasado a creerse con derecho; no de forma repentina, sino con calma. Con el tiempo, Dios pasa de Proveedor a mera premisa de fondo. La gratitud permanece en el vocabulario, por supuesto, pero la dependencia desaparece del corazón.

Una vez que el éxito se convierte en demostración de tu valor, la generosidad comienza a sentirse amenazante. Pareciera que, al dar, cedieras terreno. Que, al compartir, te anularas a ti mismo. Se insinúan las comparaciones, y el juicio suele andar detrás. Las Escrituras aclaran todo eso con una pregunta contundente e incómoda: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Co 4:7). Esa pregunta no es un insulto a tu esfuerzo. Pretende ponerlo en su lugar. O todo es gracia, o nada lo es. No existe una categoría intermedia en la que podamos atribuirnos el mérito sin consecuencias. La soberbia no añade dulzura al éxito. Le añade peso. Tienes que defenderlo, preservarlo. Eso no es libertad, sino presión.

Esa pregunta no es un insulto a tu esfuerzo. Pretende aclarar lo que afirma la Biblia sobre la herencia y los dones que tenemos. Es el fundamento de la planificación cristiana de la herencia, que nos lleva de preservar «lo nuestro» a ser mayordomos de «lo suyo». O todo es gracia, o nada lo es. No existe una categoría intermedia en la que podamos atribuirnos el mérito sin consecuencias. La soberbia no añade dulzura al éxito. Le añade peso. Tienes que defenderlo, preservarlo. Eso no es libertad, sino presión.

### ***Por qué queremos ser recordados***

Debajo de toda esa seguridad y de todo ese éxito hay algo aún más básico. Queremos importar tras habernos ido. No solemos decirlo así. Hablamos de «legado» y de «huella», pero, con frecuencia, a lo que verdaderamente nos enfrentamos es al miedo aterrador a ser olvidados.

Por eso nos apegamos a cosas que duran más que nosotros: edificios, cuentas, nombres, todo aquello que pueda ser reflejo nuestro una vez que hayamos fallecido. Las Escrituras comprenden ese impulso, pero se niegan a permitir que rija nuestra vida. La Biblia, en realidad, nunca promete que tu nombre perdurará para siempre en esta tierra. Promete algo mucho mejor: que tu vida «está escondida con Cristo» (Col 3:3). Que tu futuro está seguro aunque tu memoria se pierda aquí. La resurrección, no el recuerdo, es la auténtica esperanza cristiana. Es agotador intentar vivir para siempre a través de tus cosas. Eso transforma las bendiciones en cargas. Hace que ser desprendido te parezca como si fueras a morir dos veces. El evangelio ofrece otro camino. No tienes que preservarte. Ya estás a salvo. Esto orienta nuestra perspectiva a concluir nuestra vida con fe, sabiendo que lo que más importa al final no es el caudal de nuestra cuenta bancaria, sino la profundidad de nuestra confianza. Cuando resolvamos la cuestión de la seguridad eterna, ya podremos preguntarnos: «Según la Biblia, ¿se puede dejar dinero a los hijos?» desde la libertad, no desde un intento desesperado por alcanzar la inmortalidad.

### ***Según la Biblia, ¿se puede dejar dinero a los hijos?***

Generalmente, ante esta pregunta se hace el silencio en la sala. La gente se reclina. La conversación se vuelve muy cauta. Hay un buen motivo para ello. Las Escrituras no nos brindan aquí una norma sencilla que valga para todos. Nos brindan sabiduría, lo que, para ser sinceros, es mucho más difícil.

La Biblia refrenda la necesidad de proveer para la próxima generación. La negligencia nunca es espiritual. La responsabilidad no es opcional. Los padres están llamados a cuidar, pero las Escrituras también son despiadadamente honestas acerca del peligro de la riqueza transmitida sin formación. El dinero puede bendecir y también puede distorsionarlo todo; máxime si llega sin contexto, sin disciplina y sin fe.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

Cuando nos preguntamos si la herencia es bíblica, la respuesta es sí, aunque siempre ligada a la idea de dejar un legado espiritual a los hijos. He sido testigo de ello: padres matándose a trabajar con tal de hacerles la vida «fácil» a sus vástagos, para acabar dejándolos totalmente incapaces de enfrentar cualquier dificultad real. Tenían la comodidad asegurada, pero ¿su carácter? No tanto. He visto a otros progenitores dar con modestia y vivir con generosidad, enseñando a sus hijos, con el ejemplo, que el dinero es un instrumento, no un dios. Esos hijos no crecieron sin problemas, pero sí sabiendo exactamente a dónde recurrir cuando estos llegaran.

Por tanto, la cuestión no es si se puede dejar dinero a los hijos según la Biblia. La verdadera pregunta es qué clase de personas se van moldeando por el camino. ¿Qué dice la Biblia sobre la herencia? «El hombre de bien deja herencia a sus nietos», sugiere Proverbios 13:22, pero esa herencia es vana si no incluye una guía con instrucciones de uso.

Quieras que no, la herencia enseña algo. Enseña lo que temías, aquello en lo que confiabas, lo que creías que, en efecto, mantendría a tus hijos a salvo. El dinero puede ser un acto de amor, claro que sí. Sin embargo, también puede ser una vía para eludir el esfuerzo; el esfuerzo de formar, de conversar, de modelar la fe a lo largo de la vida. Las Escrituras no te aportan ninguna fórmula: te piden que tomes buena nota de lo que es un legado piadoso.

### ***Lo que nos cuestan los ídolos***

Los ídolos siempre prometen seguridad, pero jamás la dan. La seguridad te promete: «Si tienes lo suficiente, estarás en paz». El éxito: «Si logras lo suficiente, serás importante». El legado: «Si dejas lo suficiente tras de ti, no te irás completamente».

A decir verdad, ninguna de esas promesas se cumple. Por el contrario, educan silenciosamente el corazón para que confíe en algo — cualquier cosa — que no sea Dios. Cuando eso sucede, la generosidad empieza a parecer arriesgada. La dependencia parece debilidad. La fe parece teoría. Jesús no derriba estos ídolos porque se oponga a tu alegría. Los derriba porque, sencillamente, no pueden llevar esa carga.

## GUÍA DE CAMPO

El evangelio no te pide que dejes de trabajar, de ahorrar o de proveer. Te pide que dejes de pedir que esas cosas te *salven*. No necesitas construir nada que perdure para siempre: ya se te ha prometido una resurrección. No necesitas garantizar el futuro: ya se encarga Dios. No necesitas demostrar tu valor: ya lo hizo Cristo. Cuando por fin se asimila esa verdad, el afán de control comienza a ceder paulatinamente. El miedo se calma, es posible dar, el descanso deja de sentirse irresponsable, y los ídolos que antes defendíamos empiezan a parecer mucho más pequeños de como los recordábamos.

# 3

## EL LÉXICO DE LA FE

### ***El legado espiritual: cómo transmitir el evangelio a tu familia***

En todo hogar se enseña algo, aunque tú no muevas un dedo para ello. Los hijos siempre están ahí, escuchando, mirando, empapándose del «tono» del lugar. Descubren lo que realmente importa con solo ver de qué se habla con facilidad en la mesa y — quizá incluso más — lo que nunca se llega a mencionar.

Aprenden qué cosas tienen una influencia concreta observando qué moldea tus decisiones cuando las cosas se tensan o se complican. Justo así es como se transmite la fe... o no. Francamente, lo primero no es el aprendizaje formal, sino el lenguaje, lo que se considera «normal» entre esas cuatro paredes. Mira, puedes dejarles una casa, un colchón de ahorro y un plan perfecto a 10 años, y, pese a ello, esos hijos puede que estén totalmente perdidos cuando la vida los golpee duro. O puedes dejarles muchas menos cosas materiales e, igualmente, darles un punto de apoyo lo bastante firme para cuando la vida se vuelva difícil.

Las Escrituras siempre se han preocupado más por lo segundo. El legado no se construye en un gran momento heroico. Se construye, poco a poco, con las palabras que se emplean una y otra vez, día a día. Esta inversión constante es la que genera una base verdaderamente perdurable. Cuando analizamos lo que dice la Biblia sobre la riqueza heredada, queda claro que los mayores tesoros son los valores arraigados en el hogar.

Enseñar a los hijos la diferencia entre utilizar los recursos y adorarlos es la principal manera de evitar disputas por la herencia más adelante; si valoran al Dador más que el don, este no los separará. Esto también da respuesta a la tensión interna de si es pecado acumular riqueza para el

futuro. La respuesta radica en si esa riqueza es un puño cerrado de miedo o un instrumento para cumplir la misión de la familia.

### ***Deuteronomio 6 y los ritmos de la vida***

Como sabes, cuando examinas bien Deuteronomio 6, en verdad no parece un programa eclesial rígido, ¿cierto? A mí me parece un día, un día normal, caótico. Caminas, te sientas, te acuestas y te levantas. La vida tal como sucede en cada momento. Las palabras de Dios no están pensadas para tenerlas en lo alto de una estantería para esos momentos religiosos «especiales». No, deben integrarse en los momentos cotidianos aburridos.

Eso indica algo importantísimo: que la fe debe morar precisamente donde tiene lugar la vida real. No solo cuando estás en la iglesia y, desde luego, no solo durante las conversaciones «formales», pesadas y forzadas. Yo hablo de ella en el coche, en la mesa de la cocina, justo antes de acostarme y en todos esos pequeños huecos peculiares que hay entre medias. El legado se construye cuando Dios surge con naturalidad, más que nada porque Él, de hecho, forma parte de tus procesos de pensamiento; cuando la oración es algo cotidiano, no un acontecimiento ceremonioso; cuando practicas la gratitud incluso en días en los que no te fue nada bien; cuando eres capaz de mentar con honestidad tu frustración en vez de intentar disimularla con un discurso «religioso».

Tus hijos, cómo no, observan estas cosas. Notan qué es lo que te calma de veras cuando tus planes se vienen abajo. Oyen cómo hablas sobre el dinero, el trabajo, las personas que te han hecho daño y hasta el futuro. Se dan cuenta de si se habla de Dios como una realidad viva que infunde aliento o si se le considera un sujeto al que hay que tratar con religiosa delicadeza.

Sé que numerosos progenitores se preocupan por no hacer «lo suficiente», pero las Escrituras nos trasladan a otra cuestión distinta: ¿vives una fe verdaderamente contagiosa? Porque, seamos honestos, la fe se contagia mucho más de lo que se enseña. Los niños aprenden mucho antes de saber siquiera explicar lo que creen. Conciben esta «teología en acción» mirando cómo vives tú. El Deuteronomio da por sentado que simplemente estás ahí, no que seas perfecto. Que Dios te importa lo

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

bastante como para revelarse en el ritmo de todas las cosas. Esa fe no es fruto de la presión, sino de la mera cercanía, de la proximidad.

### ***El poder de tu historia***

Sinceramente, si tuviera que citar uno de los hábitos más destructivos en los hogares cristianos, sería el silencio. En concreto, ese pesado silencio sobre el fracaso. Los padres a menudo tienen la idea, bien intencionada, de que protegen a sus hijos ocultando cada una de sus debilidades. Ahora bien, ¿sabes qué es lo que realmente ocultan? La gracia. Tan sencillo como eso.

Los hijos no necesitan padres «perfectos» que nunca parezcan tener dificultades. De verdad que no. Lo que sí necesitan son padres que sepan regresar a Dios tras un fracaso inevitable. Por consiguiente, cuéntales a tus hijos tu historia, pero no te apresures. Hazlo poco a poco, a lo largo del tiempo, en pequeñas dosis que puedan resultarles llevaderas. Háblales de tus errores, de tus miedos y de aquellas épocas en que, francamente, no tenías ni idea de lo que hacías. Cuéntales, por favor, cómo te encontró Dios allí; no siempre de una manera brutalmente dramática, pero sí fiel.

Podrías pensar que esto merma tu autoridad. Al revés: construye una confianza que perdura. Enseña a tus hijos que el arrepentimiento es un componente normal de la vida y que la misericordia es real y palpable. Les muestra que la fe no se trata de ser «impresionantes» en vez de honestos.

Me he sentado a hablar con hijos adultos, personas que se alejaron totalmente de la fe. ¿Por qué? Con frecuencia, porque creían que el cristianismo era solo para gente que nunca tuvo que luchar como ellos. Sus padres tenían buenas intenciones, claro que las tenían, pero nunca les dedicaron a sus hijos un «lenguaje» de misericordia, con lo que el evangelio siguió siendo tan teórico como un libro de texto.

No obstante, luego he conocido a familias cuyos progenitores hablaban en voz alta sobre sus fracasos y sobre la prolongada paciencia de Dios. Esos hijos, al igual que todos nosotros, no crecieron sin cicatrices, pero sabían exactamente a dónde acudir cuando tropezaban. Sabían que la

## GUÍA DE CAMPO

gracia no era solamente una medida de urgencia para la gente «mala»: formaba parte de la existencia diaria.

Las historias de vida moldean la forma en que un hijo imagina a Dios. Si lo único de lo que te oyen hablar es de tus fortalezas, podrían terminar creyendo que la fe se derrumba en cuanto aparece una debilidad. Pero si te oyen hablar de tu debilidad y de la fidelidad de Dios, aprenden dónde reside verdaderamente la esperanza. Tu historia, si la cuentas con franqueza, se convierte en algo más que palabras: se convierte en su guía.

### ***Cómo escribirla***

En ocasiones no basta con hablar. Yo he pasado por ello, y quizá tú también. No es cuestión de no ser sinceros. Todos tenemos un tiempo limitado. Escribir es una manera de continuar compartiendo tus pensamientos incluso después de haberte ido.

Una carta cristiana de legado no pretende controlar a nadie, aunque haya quienes aprovechen para ello. No es un simple listado de expectativas o advertencias. Para mí es un testimonio. Es tu oportunidad de decir: «Mira, esto es lo que llegué a aprender sobre Dios»; «Aquí es cuando luché duramente»; «Así es como la gracia me ayudó a salir adelante».

Escribir te ayuda a hacer una pausa para pensar en lo que realmente importa. Muchos descubren, una vez que empiezan, que dedicaron más tiempo a consolar que a fomentar la fe. Tal vez cueste darse cuenta de esto, pero también aporta lucidez.

Una carta de legado no tiene por qué ser larga. Lo principal es que sea honesta, muy honesta. Cuando la escribas, céntrate más en Cristo que en tu carrera o tus logros. Habla más de la misericordia real que has vivido que del hecho de ser recordado. Cuando abordes la confianza, que esta sea un tema más destacado que el éxito.

Cuéntales a tus hijos a qué esperas que se aferren cuando la vida se sienta injusta. Que les quede claro que tu confianza en su futuro no depende de lo que les dejes en una cuenta bancaria, sino del Dios que caminará con ellos cuando tú ya no puedas estar presente.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

He visto que algunas familias conservaban estas cartas mucho después de que se acabaran las posesiones y se gastaran el dinero; no porque su redacción fuera impresionante o literaria, sino porque las palabras sonaban a su progenitor: familiares, auténticas, firmes. Plasmarlo todo por escrito es un acto de humildad. Supone admitir que no siempre estarás ahí y es una forma de encomendar tu familia a Dios en lugar de intentar mantener el control sobre ella.

### ***Cómo transmitir el léxico adecuado***

En resumidas cuentas, el legado no guarda demasiada relación con los activos, ¿verdad? No en lo esencial. De lo que se trata es del lenguaje. Se trata de las palabras específicas que flotan en el aire en tu casa. ¿Es miedo o confianza? ¿Es gratitud, o acaso esa actitud de merecimiento que proclama: «Se me debe esto»? Puede tratarse de un clima de control frente a uno de dependencia total.

La cuestión es la siguiente: tus hijos van a hablar de Dios exactamente igual que te oyen a ti hablar de Él cuando la vida se tuerce. No me refiero a tus flamantes vacaciones ni al rato que pasas sentado en un banco de la iglesia, sino a los momentos de cruda decepción: a cuando tienes estrés, a esos días absolutamente normales, aburridos y frustrantes.

Sí, podrías dejarles una casa. Podrías dejarles recursos. Esas cosas ayudan muchísimo, pero no serán las que los guíen cuando noten que tiembla la tierra bajo sus pies. El evangelio los guiará, y este lo aprenden por medio de un léxico compartido, de las palabras que repites y de los hábitos de vida que exhibes delante de ellos. Es cuestión de hablar con sencillez de las Escrituras, sin toda esa jerga religiosa, y de practicar abiertamente la gracia, sobre todo ante las complicaciones.

Esa clase de legado no es casualidad. Pero — ahora viene lo mejor — tampoco exige que seas perfecto. Crece lentamente, a través de la fidelidad ordinaria y en cada conversación.

# 4

## SABIDURÍA PRÁCTICA PARA EL REINO

### ***Sabiduría práctica para la planificación cristiana de la herencia***

Seamos realistas: la mayoría de la gente odia hablar de planificación; a decir verdad, no porque no se «entere», sino porque planificar te obliga a dedicar algo más que unos segundos a un asunto en el que preferirías no pensar. Al final no serás tú quien esté allí para contestar preguntas. No serás tú quien arregle lo que se haya roto ni suavice las cosas. Estará otra persona, con todo lo que dejaste atrás en sus manos, procurando cuadrarlo.

Ese pensamiento es precisamente lo que hace que la gente posponga las cosas. «Me pondré a ello más adelante», decimos. También: «Todavía hay tiempo». El caso es que el tiempo no se detiene porque eludamos la conversación. Esa carga no se evapora; tan solo cambia. Por lo general, recae directamente sobre las personas que más quieres justo cuando ya están sumidas en el dolor.

Planificar no es ser morbosos. Para nada. Se trata solo de ser honestos. De amar a los tuyos lo suficiente como para pensar en el futuro mientras aún tienes lucidez y fuerza para hacerlo. Ya sea que planifiques detenidamente o que evites el asunto por completo, algo dejas tras de ti: paz o confusión; un rumbo claro o abundante tensión. El desenlace se está configurando ahora mismo, mucho antes de que llegue el final.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

### ***La generosidad como adoración***

Es curioso, pero normalmente encasillamos la adoración. Creemos que consiste en la música o en asistir a ella un domingo por la mañana. Sin embargo, cuando se ahonda en las Escrituras, no es nunca una cosa tan menor. Ni por asomo. La verdadera adoración es lo que tiene valor para ti, aquello que estás dispuesto a confiarle a Dios cuando aferrarte a las cosas parece ser la única táctica «segura». Seamos sinceros: nada evidencia esa verdad con más rapidez que el dinero. Nada.

Piensa un momento en la iglesia. A la mayoría, esa comunidad local nos apoya en silencio desde hace años. Dicho de otro modo: piensa en quién te enseñó. ¿Quién te corrigió cuando te extraviaste? Alguien estaba orando por ti cuando ni siquiera te salían las palabras. Hubo quienes se quedaron a tu lado cuando todo se derrumbó. Oíste predicar el evangelio justo cuando tu fe se sentía bastante débil.

Todo eso ocurrió mucho antes de que te plantearas hacer tus «últimos planes». Entonces empezamos a pensar en el final, y la iglesia prácticamente desaparece del mapa; por lo general, no porque la gente esté enojada, sino por miedo puro y duro. Nos da miedo que las cosas se gestionen mal. Nos da miedo perder el control de la situación. Nos preocupa que todo deje de hacerse «a nuestra manera».

Ese temor no tiene noción alguna de lo que supone adorar. Dar a la iglesia nunca ha consistido en tener plena certeza del resultado. Es una cuestión de confianza. Siempre ha sido así. No das para poder controlar el resultado: das porque Dios es digno de ello. No hay más. Su obra no se detiene porque tu vida lo haga.

Cuando consideras la generosidad como adoración, deja de ser ese movimiento «estratégico». No se trata de influencia ni de que algo lleve tu nombre. Se convierte en gratitud. Estás diciendo, sin necesidad de justificarlo ante nadie: «Dios ha sido fiel aquí, y confío en que permanecerá fiel cuando me haya ido». Dar así actúa sobre el corazón, y el control deja de parecer tan esencial. De hecho, el miedo pierde el control. Lo que parece un débito en un extracto bancario se siente como una inmensa victoria para el alma.

## GUÍA DE CAMPO

### ***La herencia en paz***

El duelo ya es bastante duro de por sí. Cuando se suma la confusión, se agrava aún más. He visto a familias hechas pedazos, y no a raíz de la codicia. Fue a raíz del silencio: en vez de conversaciones reales y explicaciones, no hubo entre ellos más que documentos legales y suposiciones.

Es entonces cuando la gente se pone a adivinar lo que realmente quisiste decir. Es posible que regresen viejas heridas que creías sanadas. La confianza se desvanece poco a poco en la sombra. Ese daño dura mucho más que cualquier herencia. Una herencia en paz no siempre consiste en repartirlo todo a partes iguales. Se trata de que nadie se lleve sorpresas. La transparencia es una forma de bondad.

Esto significa que es preciso que hablen mientras todavía puedan. Explica por qué tomaste ciertas decisiones y lo que las motivó. No lo estarás haciendo para defenderte, sino para que tus hijos no tengan que adivinar tus intenciones cuando ya no estés.

He conocido a familias que pasaron por un profundo dolor y, pese a ello, permanecieron unidas porque todo estaba claro. No estaban de acuerdo con cada decisión ni encantadas con cada consecuencia, pero entendían los motivos. Comprenderlos evitó la amargura.

No dejas de ser conciliador cuando acaba tu vida. En muchos sentidos, esta es una de tus últimas oportunidades de dejar huella. Planificar teniendo en cuenta la paz implica pensar en personas reales, no en simples números. Analiza la personalidad, la historia familiar y los puntos débiles de cada cual. Preocúpate más por cómo se llevarán tus hijos entre sí después de tu partida que por las apariencias. Ahora puede parecer más fácil eludir estas conversaciones, pero, a la larga, la sabiduría siempre es más piadosa.

### ***La huella del reino***

La mayoría considera la planificación de la herencia mero papeleo, como una lista de verificación: firme aquí, firme allá, cierre la carpeta, y listo. Así solemos afrontarla en nuestra cultura.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

Sin embargo, las Escrituras desafían ese criterio. Te instan a considerar la planificación de la herencia no un trámite legal, sino un acto definitivo de mayordomía. Cuando ya no estés, tus decisiones seguirán hablando de ti. Demostrarán en qué confiabas y qué creías que perduraría tras tu marcha. El control siempre desaparece. Siempre.

La planificación cristiana de la herencia no es más rimbombante que su versión mundana. Es más discreta. El mundo pregunta: «¿Quién recibe qué?». Las Escrituras, por su parte: «¿Qué historia deja esto tras de sí?». ¿Vivimos inmersos en la historia de Dios o en una de nuestra cosecha? El mundo se centra en la protección, mientras que las Escrituras fomentan el servicio. No se trata únicamente de preservar aquello que construiste, sino de honrar a Aquel que te lo dio en primer término. Eso es vivir inmersos en su historia.

Ese giro, aparentemente menor, lo cambia todo.

Ahora bien, no me malinterpretes. La transparencia legal es importante. El orden tiene relevancia. Los testamentos, fideicomisos y designaciones de beneficiarios requieren precisión. Si el papeleo está desordenado, puede desatar el caos en las familias. He visto a hermanos pelearse por unas instrucciones poco claras. Eso supuso silencio cuando se necesitaba transparencia y confusión donde debería haber prevalecido la paz. La fidelidad actúa.

Algunos creyentes que conocí dispusieron de su herencia en favor de la obra del evangelio para después de su muerte. Una iglesia pequeña pudo seguir adelante gracias al discreto apoyo de una persona. Una familia misionera recibió ayuda en tiempos difíciles. Un ministerio local resistió sin reconocimiento público. No hubo placas ni titulares, solo obediencia en silencio.

Esas decisiones no se tomaron para construir un legado ni para hacerse un nombre. Fueron una cuestión de confianza. Sin ruido, proclamaron: «Yo no estaré aquí. Dios, sí».

Una verdad tan simple cambia nuestra forma de enfrentar el miedo.

## GUÍA DE CAMPO

Cuando verdaderamente crees que Dios continuará obrando una vez que te hayas ido, comienzas a soltar el control. El dinero ya no te parece tu última línea de defensa. Se transforma en un instrumento que sigue moviéndose, circulando y sirviendo, en lugar de estar guardado bajo siete llaves.

Cuando planificas de este modo, la urgencia se relaja y el pánico se esfuma. Dejas de intentar controlar todo tras tu partida para centrarte en si tus planes son reflejo del reino en que afirmabas creer.

Planificar de esta manera no es frío ni morboso. No es una obsesión sombría por los últimos momentos. Es algo esperanzador. Se enfrenta a la realidad de la mortalidad sin miedo. Reconoce que tu tiempo es limitado, pero se niega a permitir que eso te asuste. Por el contrario, aporta transparencia, y la transparencia es un regalo a tu familia.

La alternativa no es buena. He sido testigo de ello: ambigüedad, conjeturas y expectativas tácitas que surgen después de que alguien muere, cuando ya no puede explicar lo que quiso decir. Esa confusión no honra a nadie.

No obstante, cuando las decisiones sobre la herencia derivan de una fe firme, y no de la ansiedad callada, dejan algo mejor, pues no se trata solamente de transferir activos o de tener la documentación ordenada.

Dejan una sensación de coherencia. Señalan a tus hijos, y a cualquier interesado, que el reino de Dios no era una palabra del léxico dominical: quedó plasmado en las hojas de cálculo, en las firmas y en el reparto final de los recursos. Eso no es poca cosa.

Cuando contemplas la planificación de la herencia de esa forma — mayordomía hasta el final —, deja de parecerte basura administrativa. Pasa a ser un ámbito más en el que la confianza en Dios agudiza la obediencia. Hasta el fin.

### ***Cuando ya no estés presente***

Llegará un día, en efecto inevitable, en el que ya no estarás ahí para dar explicaciones. No estarás presente para aclarar las cosas. Tus decisiones tendrán que hablar por ti. Les revelarán a tus hijos — es probable que

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

también a muchas otras personas — lo que realmente creías acerca de Dios. Se trata de confianza, de lo que de verdad te importaba en aquellos momentos en que la vida era totalmente incierta y te dabas cuenta de que el futuro no se podía controlar.

Esta sabiduría práctica para el reino no pretende ser «impresionante» ni estridente. Con toda honestidad, es serena y reflexiva; de lo más normal. No malgasta energía intentando preservar tu nombre o erigir un monumento. Trata de dejar paz tras de sí. *Shalom*. Un auténtico florecer vinculado a la vida en presencia de Dios, día a día y sin pretensiones. Esa paz, cuando la dejas deliberadamente tras de ti, perdura mucho más que cualquier cosa que el dinero pueda llegar a comprar.

# 5

## UN BUEN FINAL

### ***Un buen final: cómo preparar tu legado eterno y tu legado terrenal***

Para ser sinceros, la mayoría no pensamos mucho en el final. Al menos, no de forma concreta y sostenida. Hace generaciones era normal, pero nosotros lo encontramos morboso. Estamos demasiado ocupados manteniéndonos «útiles» o «necesarios». El fin siempre se siente sumamente lejano aunque sabes que no lo está. Cuando ya por último empieza a asomar en el horizonte, a menudo lo hace de un modo bastante silencioso. Las Escrituras hablan del fin, pero no para apurarnos ni para asustarnos. Nos enseñan a contar nuestros días para que tengamos un corazón de sabiduría. Hablan del final para que no tengamos tanto apego que olvidemos quién nos sostiene en todo momento. Un buen final no es una gran actuación impresionante en el último suspiro. Se trata de aprender a soltar el control sin entrar en pánico. Créeme, eso es mucho más difícil de lo que parece.

### ***El sabbat de la vida***

Pasamos toda nuestra existencia trabajando, planificando y procurando ser «responsables». Tenemos las cosas claras, o, en cualquier caso, lo intentamos. Bueno, no está mal. Dios nos dio el trabajo antes de que se quebrara algo en este mundo, pero, llegados a un punto, el trabajo tiene que cambiar. ¿O acaso cambia la lección? En algún momento tienes que aprender a parar sin sentirte un fracasado total.

He tratado personalmente con individuos que no tenían miedo a morir, pero a quienes les inquietaban profundamente las cosas «inconclusas»: conversaciones que esquivaban o algo que pretendían arreglar, pero no lo hacían. Su preocupación no era la propia muerte, sino la sensación de que, si soltaban las riendas, todo se desmoronaría. Ese miedo indica cuánta carga llevaban a cuestas.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

El *sabbat* de la vida es comprender que Dios no se aleja cuando tú tienes que hacerlo. No pierde el control porque tú hagas menos. Sinceramente, Él no necesita que sostengas el mundo. Él termina lo que empieza y punto. Soltar no es abandonar: es confianza. A veces, es la confianza más profunda que una persona habrá de aprender jamás. Ese descanso no viene de golpe; generalmente, llega poco a poco. En ocasiones, por debilidad o limitaciones que no elegiste. Es un descubrimiento simple pero doloroso: has hecho lo que podías, y ahora se te pide que le confíes a Dios lo que no puedes hacer. Cuando, irrevocablemente, llega ese descanso, es sigiloso pero real.

### ***La esperanza de la resurrección***

Los cristianos no contemplamos el final igual que el resto; no porque no sintamos aflicción — claro que la sentimos — o porque la muerte nos parezca una cosa menor, no, sino porque la muerte no tiene la última palabra. Para un creyente, el final no es un «adiós». Es más bien un «hasta pronto». Por tanto, la muerte, en ese sentido, ha perdido su poder.

He estado en salones donde esa verdad no solo se predicaba desde un púlpito, sino que estaba *allí*. La pérdida era grande; el dolor, sumamente genuino. Aun así, había cierto temple. No falso optimismo o negación, sino una esperanza que llevaban viviendo mucho mucho tiempo. Esa esperanza no surge en el último segundo. Se forma a lo largo de años de fe normal y cotidiana. Se trata de confiar en Cristo cuando no sucede absolutamente nada espectacular, cuando la vida es aburrida.

Lo que dejas tras de ti no son solamente tus posesiones. Dejas una idea de lo que realmente creías acerca del futuro, como: «¿Es este mundo todo lo que hay, o viene algo mejor?». La esperanza de la resurrección te libera de esa necesidad desesperada de perdurar para siempre a través de tu trabajo o de tu nombre. No tienes que hacer eso si verdaderamente crees en la ciudad venidera.

### ***Cómo mantener la mirada en Jesús***

Las Escrituras hablan de la vida cristiana como una carrera, pero, para ser francos, no es un esprint: es una carrera que terminas nada más que por permanecer en pie. Un buen final no implica ser el más fuerte después de

## GUÍA DE CAMPO

todo, sino saber hacia dónde mirar cuando estás completamente agotado, cuando no te queda nada que demostrar.

Conozco casos de gente que ha tenido un mal final, y otros de finales bastante buenos. La diferencia no radicaba en sus circunstancias, sino en sus hábitos, en el lugar al que habían dirigido la mirada durante años. A quienes aprendieron a volver una y otra vez a Jesús les resultó mucho más fácil confiar en Él cuando todo lo demás empezó a marchitarse. Sin embargo, quienes vivían por inercia lo pasaron mal cuando bajaron el ritmo. Un buen final requiere una práctica muy muy prolongada de la confianza: creer hasta el último aliento que, gracias a Dios, el modo en que Cristo te sostiene a ti es infinitamente más firme que tu tambaleante confianza en Él.

### ***Cómo mirar hacia el futuro***

La Biblia habla de la ciudad venidera. Fíjate que no es una metáfora. Es una realidad, un lugar donde ya todo se restaura. En ella, el trabajo no es frustrante, el miedo no decide y la pérdida no te sigue a todas partes.

La cuestión es que esa ciudad futura no está pensada para «sacarte» de esta vida, sino para ayudarte a que le restes importancia. Cuando crees que esta ciudad va a llegar de veras, ya no tienes que aferrarte tan desesperadamente a este mundo. Puedes trabajar sin idolatrar el trabajo. Puedes planificar sin que te paralice el miedo. Puedes amar a las personas sin intentar controlar cómo terminarán. Esa manera de vivir no nace de nosotros. Se aprende poco a poco, a lo largo de una serie de años siguiendo a Jesús en pequeñas cosas cotidianas. Cuando se presente la muerte, no se sentirá como un hundimiento, sino como una llegada. Eso es lo que implica un buen final.



# CONCLUSIÓN: EL PRIMER PASO ES HOY

Muchos parecen pensar que el legado es algo de lo que hay que ocuparse «más adelante»; ya sabes, cuando la vida acabe bajando el ritmo o cuando seas mayor y esas cosas, supuestamente, tengan más lógica. Lo cierto es que el legado no espera. Está ocurriendo ahora mismo. De hecho, viene sucediendo desde hace tiempo. Se manifiesta en esos momentos cotidianos aburridos. Radica en cómo hablas cuando estás agotado, en cómo reaccionas cuando las cosas se tuercen totalmente y en lo que tu familia te oye decir de Dios cuando no estás tratando de impresionar a nadie. Estos momentos parecen pequeños, pero son precisamente los que perduran.

Sé que numerosas personas leen cosas así e inmediatamente sienten una extraña presión, como si de pronto fueras «con retraso» o tuvieras que solucionar tu vida entera para el martes. Siendo sinceros, Dios no obra de ese modo. No espera que revises toda tu existencia de una sentada. Únicamente te pide que des el siguiente paso. Solo uno. No necesitas una cuenta bancaria llena ni un plan impecable a 50 años para dejar verdadera huella. Ni siquiera tienes que reparar cada error del pasado. Lo que realmente importa es caminar con Jesús *hoy*. Ahí da comienzo el auténtico giro.

Si crees que llegas tarde a la partida, no eres el único. En serio, la mayoría de la gente se siente así. Si te arrepientes, bueno, eso forma parte de la

## GUÍA DE CAMPO

condición humana. En cualquier caso, Dios ya conoce toda la historia. Él obra sobre aquello que es real — nuestro caos —, no sobre una versión «ideal» de lo que desearíamos que hubiera pasado.

El legado aumenta con la fidelidad cotidiana. Diciendo la verdad sin ocultarla. Admitiendo que no tienes el control, pero confiando igualmente en Dios. Pidiendo perdón y perdonando aunque sea lo último que quieras hacer. Permitiendo que la gente vea que la fe forma parte de tu dura vida real y que no es una cosa «pulcra y ordenada» que guardas en una caja.

Yo he llegado a temer que, si admitía mi pecado, especialmente ante mis hijos adolescentes o adultos, estos podrían perderme el respeto. No obstante, he descubierto que a menudo es al contrario. Los hijos más maduros ya se dan cuenta de que sus padres no son perfectos. Los padres deben reconocerlo, amar a sus hijos y dar un ejemplo piadoso. Acoger la buena nueva de que todos nuestros pecados están perdonados en Cristo aporta paz y cierre a una relación.

La gente no necesita que seas un superhéroe. Necesita saber a dónde recurrir cuando la vida se vuelve difícil. Necesita comprobar que tú personalmente confías en la gracia de Dios.

Si eres un poco mayor, no te tomes esto como una advertencia. Considéralo un permiso. Permiso para bajar por fin el ritmo, para decir las cosas que sí importan, para aclarar lo que puedas y, sobre todo, para soltar aquellas cosas a las que nunca debiste aferrarte para siempre. Si eres más joven, no te engañes pensando que esto es para «más adelante». La forma en que vives ahora mismo ya le está enseñando algo a alguien; a alguien que observa los hábitos que estás forjando, tu manera de manejar el miedo o de hablar de Dios. Está aprendiendo de ti tanto si pretendes enseñarle como si no.

No puedes decidir cuánto tiempo te queda, pero sí cómo vivir hoy. En consecuencia, empieza por ahí. Camina con Jesús hoy. Confíale las cosas que te tienen en vela por la noche. Ama a las personas que están contigo. Sé honesto. Descansa cuando estés cansado. Puede que esta clase de vida no parezca gran cosa desde fuera, pero es la que perdura.

## EL LEGADO DE LOS ACTOS COTIDIANOS

Quiero concluir con una sencilla oración: *Dios mío, te ruego que ayudes a estas personas a caminar contigo hoy. Cuida de sus familias. Dales verdadera paz cuando sientan el agobio del momento. Y que, cuando su trabajo por fin esté terminado, hallen descanso en ti. Amén.*



El equipo de **CHRISTIAN LINGUA** es la agencia de traducción cristiana más grande del mundo y ofrece servicios de traducción y doblaje para proyectos de video, audio y medios en todo el mundo.

